

¿CONTINUIDAD O CAMBIO EN LA LINEA POLITICA DEL PARTIDO COMUNISTA DE CHILE?

Tomás Moulián
Isabel Torres D.

EL PARTIDO COMUNISTA ENTRE 1956 Y 1973: LA LINEA POLITICA Y SU PAPEL DENTRO DEL SISTEMA DE PARTIDOS

Mucho se ha hablado de cambio de la línea del Partido Comunista, de la existencia de un giro en su política, cuyo momento sería el año 1980, con posterioridad al plebiscito llevado a cabo por el régimen. Sin embargo, ¿puede hablarse de un cambio de línea o solamente de un cambio en la línea? Dicho de otro modo ¿se trata de un viraje radical que introduciría una absoluta discontinuidad con respecto a la estrategia, a la definición de las formas de lucha o de un cambio que se realiza en un marco de continuidad?

Responder esa pregunta es menos fácil de lo que se supone, ya que requiere como primera cosa poder fijar con precisión cuáles fueron los elementos básicos de la línea del Partido Comunista en el período que va desde el X Congreso de 1956 hasta que aparecen indicios de un cambio.

En 1956 se realizó el X Congreso del Partido Comunista de Chile en el cual se consolidaron los cambios que venían germinando desde la IX Conferencia de 1952 y que condujeron a la elaboración en 1955 de un nuevo programa.¹ En ese período el Partido Comunista, todavía en la

ilegalidad, no realizó una lectura negativa ni un recuento traumático de la experiencia de colaboración con el Partido Radical, pese a que ella había culminado con las restricciones democráticas de 1948; contrariamente, el Partido Socialista hizo una lectura absolutamente crítica de su colaboración con el centro y de su paso por el ibañismo, quedando de ahí para adelante con un síndrome anti-centrista; el Partido Comunista conservó los elementos esenciales de su línea previa a la ilegalización, profundizándola en la dirección democratizadora que ya tenía.

Los elementos básicos de la línea comunista aprobada en el Congreso de 1956 fueron la ratificación del carácter pre-socialista de la etapa inmediata de la revolución chilena, definida como antiimperialista, antioligárquica y democrático-popular, la ratificación de una política amplia de alianzas de clases y la definición de lo que en el X Congreso se llamó "la revolución por medios pacíficos" o "el camino parlamentario para el tránsito al socialismo".

El Partido Comunista ratificó la estrategia gradualista de construcción socialista y la tesis de la colaboración con la llamada "burguesía nacional". El texto básico de discusión del Congreso definió como "enemigos principales" al "imperialismo" y a la "oligarquía", compuesta por los latifundistas y la burguesía monopólica. La "contradicción principal" que existía en la sociedad chilena enfrentaba al pueblo, integrado por obreros, empleados, pequeños y medianos empresarios y la fracción nacional de la burguesía, contra una pequeña minoría que concentraba el poder económico y que "manejaba" el Estado. Estas afirmaciones se situaban en una línea de continuidad. No obstante hubo cambios tenues que, más bien, constituyeron precisiones y no un cambio con implicancias teóricas, como por ejemplo en lo que se refiere a la situación agraria, caracterizada no por el "feudalismo", sino por la presencia de "supervi-

vencias feudales". Las modificaciones del programa de 1955 y las decisiones del X Congreso, el primero en situación de clandestinidad, mantuvieron incólume la tradición política vigente desde 1933: la idea, que era necesario para la sociedad chilena que culminaran tareas de modernización y democratización, en cuya dirección los "partidos obreros" debían tener un papel decisivo, siguió siendo el eje de la política del Partido.

Pero, además, en el X Congreso se le dio un estatuto teórico a una tesis que hasta entonces había permanecido en "estado práctico". El Partido Comunista desde 1933 había sido un partido "sistémico" que actuaba dentro de las normas de funcionamiento e impulsaba decididamente, hasta 1947, las alianzas con el centro. En el período de ilegalidad había rechazado las estrategias insurreccionales, buscando la reinserción en el sistema político a través de la acción de masas más la negociación política, sin modificar, como se ha dicho, su política de alianzas y de clases.² Puede afirmarse entonces que el Partido Comunista venía aplicando desde 1935 una política de avanzar hacia el socialismo a través de la "profundización de la democracia", privilegiando la acción de masas y sin plantear ni la insurrección ni otras formas militares de lucha. No se le había dado a esa práctica un tratamiento teórico, como el que se encuentra desde el X Congreso y en textos posteriores de Luis Corvalán.

En el X Congreso, al plantearse el problema de las "vías de la revolución" se afirma la posibilidad de "una revolución por medios pacíficos", a la cual también se le denomina "una vía que no es la insurrección". Esa posibilidad está planteada en Chile porque "la clase obrera agrupa en torno suyo a la mayoría nacional y es posible arribar al poder por medio del sufragio u otro procedimiento que no sea la guerra civil". Esa afirmación se sitúa

en el contexto de una crítica a "posiciones izquierdistas" que habían surgido en el Partido y en los sectores populares. Uno de ellos había sido el "reinosismo", que planteaba una "política aventurera de acción directa", otras, las tesis surgidas en la CUT sobre la "república obrera" y el "frente de clases". Estas posiciones tenían en común, según el Informe al X Congreso, que "aislaban a la clase obrera".³

El planteamiento sobre la posibilidad de lo que el Informe llamaba, -citando a Jruschev-, "el camino parlamentario al socialismo", estaba indisolublemente ligado a la tesis de que la "clase obrera necesita aliados", necesita agrupar a la mayoría. Por ello en la definición de "pueblo" el Informe incorpora también a ciertos sectores de la burguesía: la posibilidad de una "revolución por medios pacíficos" depende que la fuerza del pueblo sea mucho mayor que la de sus enemigos. El Informe dice taxativamente: la clase obrera "por sí sola no puede vencer".

La línea ratificada en el X Congreso, contenía, además, otros elementos importantes, la tesis del carácter prioritario de la unidad socialista-comunista. En el artículo de 1957, Galo González afirmaba que el Partido mantenía la "concepción teórica de alianza con la burguesía nacional en determinadas circunstancias... que sean favorables a la clase obrera y al pueblo", pero, agregaba, que estaba "en primer lugar la alianza Partido Socialista-Partido Comunista". Señalaba enfáticamente que "por aliarnos con otros sectores jamás abandonaremos la unidad socialista-comunista". En síntesis, fue en el X Congreso de 1956 cuando el Partido ratificó oficialmente lo acordado en la IX^a Conferencia de 1952, la línea del Frente de Liberación Nacional. Ya en 1956 estaban formulados sus elementos básicos, que permanecerán sin modificaciones significativas durante mucho tiempo: a) el carácter antiimperialista, antioligárquico y antimonopólico de la revolución, por lo

tanto el rechazo a la instauración del socialismo como "tarea inmediata"; b) la definición de una política de alianzas que le otorgaba un papel a la burguesía nacional y otras capas burguesas en el "período histórico" de la revolución democrático-popular, lo que significaba en el plano político la necesidad de coaliciones amplias; c) la afirmación de que era posible un "tránsito no armado" al socialismo lo cual no implicaba reducir la política a las elecciones ni minimizar el papel de la lucha de clases.

Sin embargo, es necesario observar con un cierto detalle los planteamientos sobre la "vía pacífica". En 1957, Galo González, en el artículo ya citado, situado en un contexto de crítica a los planteamientos de los "trotskistas" que buscaban enfrentar un "candidato obrero" a la presidencia contra el candidato "democrático y progresista" que era Allende, defendía la política del Partido frente a dos temas absolutamente entrelazados como eran la posición frente a la burguesía nacional y la posición frente al "camino pacífico". Frente a ese problema específico Galo González señalaba que el Partido "no ha desalojado la posibilidad que la revolución chilena se abra paso algún día a través de las armas..." Se ve que desde una fecha temprana, y en momentos en que el tema estaba tan estrechamente vinculado con la política de la "coexistencia pacífica" del XX Congreso del PCUS, el problema del "camino pacífico" se planteaba de manera condicional.⁴

En 1961, Luis Corvalán abordó el problema de la "vía pacífica" en dos importantes artículos, uno de enero y el segundo de octubre. En el primero se preocupa de encontrar en los "clásicos" una justificación del "camino pacífico", señalando, por ejemplo, que en las famosas "Tesis de abril" Lenin había propugnado la "conquista de la mayoría de los soviets" y que el intento contrarrevolucionario de Kornilov había cambiado la situación, generando la necesi-

dad de una "solución armada del problema del poder". En ese artículo Corvalán planteó que la "vía pacífica" era la forma más probable y no un camino excepcional de construcción del socialismo como lo habían pensado los "clásicos". Pero también afirmó que no se debía contrastar la "vía pacífica" con la "vía violenta" sino, más bien, con la "vía no armada", dado que muchas formas de violencia formaban parte del proceso. En el artículo de octubre, Corvalán afirmó que la "vía pacífica" solamente excluía la guerra civil y la insurrección armada pero, en ningún caso, acciones de masas que podían tener componentes de violencia (huelgas, tomas, etc.).

En ese mismo artículo Corvalán sostuvo que si las clases dominantes, de las cuales no podía esperarse que "abandonarían el poder sin lucha", recurrieran a la violencia, el movimiento popular podría verse obligado a emprender el otro camino.

En 1961, cuando existía un régimen constitucional y cuando la izquierda esperaba ganar las próximas elecciones presidenciales, el Partido Comunista planteaba el carácter condicional de su concepción de la "vía pacífica". En el artículo comentado se volvía a insistir en la caracterización de la revolución como "popular, nacional, democrática, antiimperialista y antifeudal" y en la importancia central de "atraer a la mayoría". El análisis de la sociedad chilena, de su estructura de clases y del campo de fuerzas políticas, hacían factible pensar en un "camino pacífico" porque Chile tenía una larga tradición democrática y porque al "pueblo" le era posible nuclear una amplia mayoría tras una política de cambios. La izquierda había conseguido su unidad y en las elecciones presidenciales de 1958 había demostrado que no era imposible alcanzar un "gobierno popular" por el camino de las elecciones.⁵

El Partido Comunista vuelve a ratificar la tesis de la "vía pacífica" en 1964, después de la derrota electoral de septiembre. Se afirmaba entonces que un fracaso en la "conquista del poder político" por la "vía pacífica" no la invalida, así, como tampoco "los fracasos iniciales para lanzar un satélite no invalidan la posibilidad de conquistar el espacio cósmico". El fracaso de una tentativa de revolución armada en un país no prueba, a su vez, nada ni para el caso particular ni para la teoría general. Esa ratificación de la tesis de que en Chile el camino más probable de la revolución sería pacífico se realizó en los mismos términos que en las formulaciones anteriores: "vía pacífica" no es igual a "pasividad" y el cambio de "vía" será necesario si las clases dominantes acuden al enfrentamiento y a la lucha armada.⁶

Durante todo el período de Frei esas tesis son ratificadas. En 1967 se vuelve a insistir, en el contexto de la polémica de unos años antes con el Partido Socialista, en el carácter democrático popular de la revolución y en la posibilidad de la conquista de un "gobierno propio". En 1967, al caracterizarse las fuerzas motrices de la revolución en América Latina, se continúa incorporando a "sectores de la burguesía nacional" y ratificando las posibilidades de caminar hacia el socialismo por la vía de la "profundización de la democracia".⁷

Los elementos básicos de la línea del Partido Comunista referentes al carácter de la "revolución chilena" y respecto al problema de las formas de lucha son ratificados por numerosos textos de 1969. En ellos se insistía en una caracterización matizada del gobierno de Frei y se reafirmaban los elementos esenciales de la línea estratégica vigente: carácter democrático popular de un "gobierno dirigido por la clase obrera", al cual sería voluntarista asignarle un contenido socialista; afirmación del carácter

probable de una solución no-armada pero condicionando el problema de las formas de actitud de las clases dominantes e insistiendo en la historicidad de esas formas.⁸

Uno poco después del triunfo de Allende los comunistas afirmaban que lo sucedido en Chile demostraba que no eran descabelladas las tesis del XX Congreso del PCUS: era posible realizar los cambios revolucionarios "sin que sea obligatorio recurrir a las armas". Pero, al mismo tiempo, volvían a hacer presente que no estaba del "todo descartado de que en el futuro el pueblo se vea obligado a algún tipo de enfrentamiento armado". El énfasis se colocaba de nuevo en un tipo específico de argumento condicional: el camino armado sería necesario solamente en caso de "intentos contrarrevolucionarios".⁹ En 1972, en una larga entrevista concedida a Eduardo Labarca, Luis Corvalán volvió a formular el problema en términos semejantes, pero insistiendo que el enfrentamiento armado no era inevitable ni deseable y en la necesidad de actuar dentro de los marcos legales. Al final de la Unidad Popular, el Partido Comunista plantea la necesidad de "evitar la guerra civil" y de la urgencia de salidas políticas que permitan continuar el proceso de acumulación de fuerzas, siendo ese su sello diferenciador respecto a la línea estratégica del "polo revolucionario".¹⁰

En síntesis, el rápido repaso de este período permite detectar los siguientes elementos claves: a) el "gobierno popular" se caracteriza como no "inmediatamente socialista" y, por lo tanto, se afirma la necesidad de una alianza entre la clase obrera y las capas medias o el papel progresista de ciertos segmentos de las burguesías nacionales; b) concatenándose con lo anterior se afirma que la "vía pacífica" o "no armada" sería el camino más probable para llegar al socialismo aunque con la condición de que no se produzca una ofensiva reaccionaria; y c) durante el perio-

do de la Unidad Popular, el énfasis se coloca en mantenerse dentro de la legalidad y en evitar la "guerra civil" más que en la necesidad de "cambiar de vía".

EL PAPEL POLITICO DEL PARTIDO COMUNISTA

La línea política del Partido Comunista desde el X Congreso hasta 1973 se mantiene dentro del paradigma marxista de análisis de las formas de lucha. En resumen se afirma que la elección de los medios no se puede realizar de una forma general y abstracta, puesto que ella depende de condiciones históricas. En el caso chileno era posible pensar en un tránsito al socialismo mediante la "profundización de la democracia" por una confluencia de condiciones externas favorables (período de la coexistencia pacífica", ampliación del área socialista y "debilitamiento de la influencia decisiva del imperialismo en América Latina") y de condiciones internas positivas (existencia de un régimen de democracia participativa y posibilidad de agrupar a la mayoría en favor de una política progresista). Sin embargo, se decía, "todo proceso revolucionario está sometido a leyes generales" y una de ellas es que las condiciones de la lucha de clases en un régimen democrático son diferentes que en una "dictadura abierta"; solamente la primera permite el "camino pacífico".

No obstante, estos matices en el análisis del problema de las formas de lucha pasaron desapercibidos, cristalizándose la imagen que el Partido Comunista profesaba, un "pacifismo incondicional". En múltiples ocasiones el Partido Comunista puso los puntos sobre las íes, señalando los límites de una estrategia de profundización y del "camino pacífico". Pero esas puntualizaciones se diluían frente al hecho que, en momentos críticos, el énfasis de la política

comunista estuvo más cargado hacia las formas pacíficas. Esas coyunturas cruciales, donde se demostraba la importancia que el Partido Comunista le asignaba al "tránsito pacífico" fueron en el período de ilegalización, en el gobierno de Allende y en la primera etapa de lucha contra el régimen militar. El Partido Comunista profundizó su estrategia del tipo "Frente de Liberación Nacional", la cual incluía ratificar el carácter pre-socialista de la "revolución inmediata", la amplitud de la coalición y el énfasis en las formas no armadas de lucha, en un momento en que estaba en la ilegalidad. Después del golpe militar el Partido Comunista volvió a insistir en las soluciones políticas, impulsando la estrategia del "frente antifascista", en la cual se retomaba el principio tradicional de las formas de lucha a los objetivos y a la constitución de mayorías.

Efectivamente, pese a que las formulaciones estratégicas del Partido Comunista incluían la tesis de la condicionalidad del "camino pacífico", éste había formulado su línea en un momento en que la democracia estaba restringida y no la había empezado a cambiar hasta 1977. Por tanto, cuando ese cambio se hizo visible, inmediatamente después del plebiscito, apareció como un viraje. Nadie había leído el discurso estratégico comunista en sus puntualizaciones y matices porque lo que resaltaba eran las diferencias entre la apología de la violencia del MIR y Punto Final y la inalterada continuidad de la línea política del Partido Comunista. Sin embargo, el cambio estaba incluido en el paradigma anterior. El discurso estratégico del Partido Comunista consideraba la necesidad de un cambio en la relación entre las formas de lucha si se modificaba el contexto social básico, si se pasaba de una democracia a una "dictadura abierta". Si además de esa modificación, lógicamente incluida respecto a las formas de lucha y su combinación, se hubieran cambiado los objeti-

vos de la etapa y la importancia asignada a la lucha de masas, para priorizar una línea militar y un objetivo inmediatamente socialista, podría hablarse de un cambio de línea y no de un cambio en la línea.

LOS GERMENES DEL CAMBIO EN LA LINEA

La validez de la interpretación anterior requiere comprobar que las modificaciones introducidas no alteran la posición estratégica del Partido Comunista, aunque hayan podido alterar su imagen política e incluso sus funciones dentro de la izquierda y en el sistema de partidos.

En el Informe al Pleno de 1977 el Partido Comunista hace un análisis crítico de la experiencia de la Unidad Popular. En ese documento se afirma que si bien el Partido luchó denodadamente para conseguir el triunfo de Allende y la instalación de un "gobierno popular", consiguiendo el control del Ejecutivo para "iniciar desde allí grandes transformaciones revolucionarias y marchar a la conquista plena del poder", eso no significa que el Partido considerara la vía no armada como exclusivamente electoral. Según el documento es fundamental entender el papel de la "lucha de masas" y comprender que la vía no armada no niega todas las formas de violencia. Se reafirma, asimismo, que la "vía pacífica no es sinónimo de pasividad", todo lo contrario "ésta se recorre en medio de una aguda lucha de clases, de constantes y permanentes enfrentamientos". Estas afirmaciones resultan sorprendentes solamente para quienes habían olvidado los textos anteriores sobre el problema de la violencia, donde esas distinciones se repitieron incesantemente. En ese terreno el Pleno de 1977 no hace otra cosa que parafrasear algunos textos de Corvalán de 1961.

No solamente en ese campo el Pleno de 1977 representa una continuidad de la línea tradicional. También se reitera que el objetivo de la política del Partido es, desde el punto de vista de las alianzas, "la unidad del pueblo", lo que significa en el nivel político la "unidad entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana". Asimismo el Pleno le confiere una importancia especial a la participación de los "militares antifascistas y no fascistas" en la lucha por "terminar con la tiranía de Pinochet" y para "reconstruir nuestra patria". Es fácil observar en ese momento, así como en otros, un marcado optimismo en una pronta reacción contra el régimen de Pinochet. Se señala que el requisito para que eso ocurra es la "unidad de las fuerzas antifascistas". Esa unidad favorecería la expansión de la lucha de masas, porque los sectores demócratas y antifascistas adquirirían fuerza y seguridad "para pronunciarse abiertamente contra las injusticias y atropellos". Esta unidad debería ser la base para la constitución de una fórmula de salida de Pinochet y su reemplazo por un gobierno provisional, integrado por "la Unidad Popular, la Democracia Cristiana y los sectores democráticos de las Fuerzas Armadas".

Hasta ese documento de 1977, en el cual algunos han querido ver el comienzo del giro, el Partido Comunista realiza un discurso en el cual se mantienen los elementos esenciales de su línea estratégica aprobada en el X Congreso: el carácter de masas de la lucha, la necesidad de la "más amplia unidad de todos los sectores democráticos ahora" y la caracterización de la revolución. El Pleno de 1977 recoge, a la luz de la experiencia de la Unidad Popular, elementos ya desarrollados sobre el problema de las formas de luchas del X Congreso para adelante. De hecho una de las tesis básicas del documento del Pleno respecto a ese tema, cual era que las "leyes objetivas" de

la revolución operan cualesquiera sean las formas de lucha predominantes, ya habían sido formuladas con mucha antelación.

En la práctica los aspectos más interesantes del Pleno tienen que ver el análisis de la política militar del Partido. Ella contiene una crítica a la política del período de la Unidad Popular, cuya idea central es que el sectarismo de algunos grupos de la coalición impidió que se le diera espacio político a los sectores progresistas de las Fuerzas Armadas. El documento además hablaba de la necesidad de "integrar a los militares en la sociedad", de revisar el concepto de "subordinación de los militares al poder civil" cambiándola por la idea de la "subordinación de los institutos armados a las autoridades democráticamente designadas, generadas con la participación no sólo de civiles sino también de los militares". El documento concluye que así como se tienden puentes hacia la Democracia Cristiana es necesario tenderlos hacia los militares antifascistas o no fascistas.

Las menciones del documento a la condicionalidad de la "vía no armada" hicieron que este documento fuera considerado a posteriori como un antecedente de los cambios ocurridos con posterioridad al plebiscito.¹¹

Sin embargo, un poco antes del Pleno comentado, Volodia Teitelboim había publicado un importante artículo en el cual critica lo que denomina "el error de elevar las formas de lucha a la categoría de esencia", la equivocación de "haber absolutizado en los hechos la vigencia de una sola vía". El autor afirma que "debe contarse siempre con el ánimo adverso del enemigo, dispuesto a todo, a impedir por cualquier medio la Revolución", aunque ella fuera una revolución cuyo camino fue abierto "a través del voto". De lo anterior, Teitelboim deduce "el valor principalísimo de una política militar del movimiento popular",

lo cual no debe consistir (como había consistido en el periodo de la Unidad Popular) en "plantear una conducta respecto de las Fuerzas Armadas", sino también en desarrollar una fuerza "que pueda actuar, en lo posible, con la parte leal del ejército".

No obstante, estas observaciones de Teitelboim deben interpretarse a la luz de la idea central de su artículo, cual es que la derrota de 1973 no invalida la tesis de que "en ciertos países y periodos resulta posible avanzar por el camino del cambio social a través de una vía que no requiera como definición esencial el veredicto de las armas". Según el autor, el traumático término de la experiencia de la Unidad Popular dejaba en suspenso la respuesta, a la espera de "una demostración más completa en el laboratorio de la práctica social".¹²

En una entrevista concedida por Gladys Marín a un diario mexicano en el periodo inmediatamente previo al plebiscito formula un análisis político que puede resumirse en tres puntos principales. Primero, la afirmación que el plebiscito constituye una arbitrariedad y un abuso de poder, frente a lo cual el Partido Comunista es partidario de una "abstención activa". Sin embargo, para el Partido, dice la entrevistada, lo principal es elaborar una posición única de toda la oposición, por lo cual se sumará a la decisión mayoritaria. Se afirma que, tal como estaba planteado, el plebiscito no podía constituir una consulta real. Por lo tanto las fuerzas democráticas "no tienen otro camino que convertir el plebiscito en un momento de agitación y combate". Segundo, se insiste en la idea que lo que se requiere "para derribar" a Pinochet es la unidad y el acuerdo efectivo entre todas las fuerzas democráticas. Es un deber de quienes luchan por la democracia saber llegar a acuerdos. El abanico de los aliados es muy amplio: "el entendimiento debe hacerse entre todas las fuerzas

democráticas: políticas, sindicales, militares, religiosas, empresariales no monopólicas". Por último, al preguntársele por el desarrollo de la lucha, la entrevistada afirma la confianza que en el año 1980 "la lucha de masas va a alcanzar niveles superiores". Señala la huelga de trabajadores de El Teniente como "una demostración de las grandes posibilidades que existen para el combate" y también que se aprecia una recuperación de la confianza en sus propias fuerzas "de parte del pueblo y de la clase obrera".¹³

Una semana antes del plebiscito, Luis Corvalán pronunció en Moscú un discurso donde aparecieron, por primera vez, los temas que se desarrollan más adelante y que crean la sensación de un giro. En ese texto el secretario general del Partido Comunista plantea "que el plebiscito ad portas no tiene validez jurídica ni moral" y que el deber de los "antifascistas" es "plasmear la unidad contra la dictadura". Esa unidad se hace más necesaria que nunca porque, afirma Corvalán, "los días que vienen son de lucha ardua, difíciles e inevitables". El diagnóstico del Partido Comunista es que Pinochet continuará una política represiva y que, en esa situación, el "pueblo debe defender sus derechos". Es el régimen quien crea una situación frente a la cual "el pueblo no tendrá otro camino que recurrir a las formas de combate que lo ayuden, incluso a la violencia aguda para defender el derecho al pan, a la libertad y a la vida". En ese contexto el uso de los lemas de los patriotas de la Independencia Nacional, "Vencer o morir" y "Vivir con honor o morir con gloria", adoptan un significado especial.

La idea explícita del discurso es que el país enfrenta una situación crucial, frente a la cual no existían opciones. Según Corvalán, los siete años de dictadura, los cientos de muertos y desaparecidos, los miles pasados por

las cárceles y campos de concentración, los que viven en el exilio y, sobre todo, la existencia de un régimen que no muestra signos de cambio "obligan a profundizar" la línea que el Partido Comunista ha planteado. Sin perder de vista el objetivo básico de conseguir una amplia unidad, el Partido Comunista plantea que el pueblo se ve obligado a combinar diferentes formas de lucha.

En ese discurso, pronunciado una semana antes del plebiscito, el secretario general del Partido Comunista anunciaba la tesis de la "violencia aguda" formulándola como una necesidad ineludible, como una decisión frente a la cual no había alternativa. Lo que más llama la atención en el discurso es la lógica de necesidad, de imposición de las circunstancias, de una obligación impuesta al pueblo por la "ceguera del régimen".¹⁴

EL PERIODO 1980-1982: LA TESIS DE LA "REBELION POPULAR"

El discurso del Partido Comunista después del plebiscito reitera y amplía estos aspectos que ya estaban insinuados en las semanas previas y también recoge elementos del discurso histórico del Partido Comunista, pero que hasta entonces habían estado planteados en términos fundamentalmente condicionales, aun después del golpe militar.

El hecho que en el período democrático el Partido Comunista planteara que su objetivo mediato era el socialismo y que no descartaba un enfrentamiento si "las clases dominantes lanzaban una ofensiva reaccionaria" no producía grandes aprensiones ni siquiera consiguió socializar un clima anticomunista. Después de 1948 ese partido pasó a ser una fuerza aceptada en el sistema de partidos y en el período de 1970-1973 su línea fue la búsqueda de consen-

sos y el efectivo cumplimiento de la estrategia del "tránsito institucional". Dentro del afiebramiento ideológico de la izquierda en el período, significó el realismo y el cálculo de largo plazo.

La imagen de un cambio radical del Partido Comunista se basa en que éste, después del plebiscito de 1980, transforma las afirmaciones potenciales y condicionales de su discurso histórico en tareas inmediatas y necesidades actuales. Aunque el discurso post-plebiscito mantiene sin modificar aspectos esenciales de la línea estratégica del Partido, la afirmación que el carácter del régimen (dictadura abierta y duradera) exige la combinación de formas de lucha, produce un enorme revuelo político.

En un discurso pronunciado con posterioridad al plebiscito, Corvalán reiteró que la política del Partido seguía estando centrada en la lucha de masas, la unidad de la clase obrera, el entendimiento socialista-comunista, el fortalecimiento de la Unidad Popular y la alianza con los partidos de izquierda y, finalmente, pero no en último lugar, la acción común con todas las fuerzas democráticas. Ese planteamiento reflejaba en su totalidad el discurso histórico del Partido Comunista con respecto a las alianzas, a la jerarquía de éstas y a la importancia fundamental que se le asignaba a la lucha de masas. Podía haber sido escrito en 1969 o en 1971.

En el mismo contexto Corvalán señala la existencia de modificaciones tácticas que se hacían necesarias por una serie de razones que enumera: la experiencia de lucha acumulada, los "nuevos estados de ánimo" de las masas, la "maduración de la conciencia revolucionaria en la clase obrera y el pueblo" y las "acciones y planes del enemigo", entre los cuales el cambio principal era la duración del régimen establecido por la Constitución del 80 y el congelamiento de la situación política que ésta producía.

En esta primera reacción oficial frente al plebiscito el Partido Comunista efectivamente mantiene inalterada, en las formulaciones estratégicas básicas, la tesis de la instauración de la democracia como la "tarea inmediata del pueblo" y la necesidad de agrupar a la "mayoría antifascista". Simultáneamente sostiene que el desarrollo de modificaciones radicales en las "condiciones políticas del país" exigen una "formulación complementaria". Habiéndose modificado "cuantitativa y cualitativamente" las condiciones del país es absurdo pensar en una continuidad sin "reacomodos" de la línea política del Partido.¹⁵

La justificación de esta necesidad no podía ser, como es obvio, el paso de una democracia a una dictadura, puesto que éste se había producido hacía ya siete años. Sin embargo, para el Partido Comunista, entre el momento del golpe y 1980, la dura y sostenida represión produjo un "fuerte repliegue". Pero, afirma Corvalán, la situación ha cambiado, "las masas han conocido directamente que el fascismo es la dictadura terrorista y despiadada, la contrarrevolución sangrienta". Después de un período de atomización y debilitamiento esta experiencia dramática conduce al "mayor desarrollo de la conciencia de clase y en definitiva a una mayor decisión de lucha". El diagnóstico de la situación es que con la Constitución del 80 se ha cristalizado una modificación de las condiciones objetivas, además "el imperialismo y las oligarquías nacionales se han quitado la máscara" y esta transparencia de la situación permite, a su vez, que las "grandes masas vean claro", modificándose las condiciones subjetivas. Según Corvalán la proliferación de paros, huelgas y manifestaciones demostraban como el pueblo fue adquiriendo una "mayor decisión de lucha" y "que es capaz de liberarse del miedo". Además las luchas por reivindicaciones concretas que ponían en movimiento las grandes masas permitía ir resolviendo de

manera unitaria problemas concretos, realizando el aprendizaje de la acción unitaria.

Ese desarrollo de la "conciencia revolucionaria", que va reemplazando al temor y al amedrentamiento de la primera etapa, obligó al Partido a replantearse su línea política. Ese "reacomodo" es mostrado como una adecuación a las nuevas situaciones, al conjunto de cambios objetivos y subjetivos que cristalizan en 1980. En ese contexto o, más bien, en esa representación del contexto es que el Partido Comunista formula la tesis de la "rebelión popular". La pérdida del miedo y el crecimiento de la combatividad, tanto como la irreductibilidad del gobierno, hacen de la rebelión un derecho y una necesidad como respuesta política a la situación.

La primera forma de tratamiento, como "derecho", constituye un punto de vista compartido por la doctrina cristiana tradicional y por la teoría política clásica: es el derecho que tienen los ciudadanos o los súbditos, en determinadas circunstancias, para rebelarse contra el tirano, para impedir que se atropelle su condición humana. El énfasis se pone, en este tipo de tratamiento del tema, en las razones morales que impulsan al pueblo a alzar su voz contra los crímenes.

La segunda manera de plantear el tema de la rebelión popular es como necesidad. El primer tipo de análisis enfatiza la rebelión como opción moral, el segundo enfatiza su carácter de respuesta necesaria. Uno de los leit-motifs es que frente a la violencia del régimen "el pueblo no puede quedarse cruzado de brazos". Uno de los sentidos de la rebelión y de las acciones de "violencia aguda" es que el pueblo "recupere confianza en sí mismo" y que pierda el miedo inmovilizador. Cuando el Partido Comunista habla de "parar en seco a sus perseguidores" está pensando en la necesidad de debilitar la sensación de

poderío incontrarrestable y de impunidad que posee el régimen.

Esta idea de la "rebelión" como necesidad, como una imposición de los adversarios, que no le deja opciones al pueblo, se percibe claramente cuando el Partido Comunista dice que la "rebelión popular" es una respuesta a la violencia fascista, afirmando que "los comunistas no buscamos la violencia por la violencia". Lo mismo se dice, polemizando con la Democracia Cristiana, la cual "sigue creyendo en que todavía puede haber una solución pacífica sobre la base de un acuerdo con las FF.AA.". Afirma que el Partido Comunista no piensa de igual manera, que esos intentos le parecen "ilusorios". Sin embargo, agrega, "no rechazamos ninguna salida pacífica si la hubiera". No obstante, todas las medidas del régimen demuestran el propósito de mantenerse en el poder, "de perpetuarse". Hecho que impone la necesidad de impedirlo por todos los medios, "practicando incluso el derecho a la rebelión".¹⁶

En 1981 es Volodia Teitelboim quien se encarga de teorizar los reacomodos de la línea del Partido Comunista. Argumenta que no se ha renunciado a ninguna forma de lucha del pasado que resulte "adecuada a la situación actual" y que se ha "sumado" a las anteriores, nuevas formas de lucha. Para argumentar esa modificación se recurre a Lenin, mostrando la visión histórica que éste tenía sobre las formas de lucha. Teitelboim parafrasea a Lenin para decir que el marxismo no rechaza incondicionalmente ninguna forma de lucha y no se limita a las posibles o existentes, si no que "reconoce la necesidad de formas de lucha nuevas, multiformes que se imponen al cambiar la coyuntura social". En la base de la argumentación de Teitelboim está la tesis tradicional del marxismo sobre la historicidad de las formas de lucha.

El plebiscito demostró las pretensiones de duración del régimen, dejando claro que la "recuperación de la libertad y la democracia" exige derribar al régimen "por todos los medios". Sin embargo, Teitelboim señala que esta "ampliación" de la línea, esta "suma" de medios, implica no dejar de lado el llamado "denominador común" y que es la necesidad de la lucha de masas.

El vocero del Partido Comunista plantea, primero, que no se está llamando a la insurrección armada "para momentos próximos" y, segundo, que las acciones que se propongan deben proyectarse "de lo chico a lo grande", "de lo simple a lo complejo". Según Teitelboim se trata de ser capaces de prepararse paulatinamente para enfrentar "combates más decisivos", los cuales no podrán afrontarse con medios puramente políticos ni con medios puramente militares. La política de la rebelión popular supone prepararse para enfrentamientos donde se combinen diferentes formas de lucha y donde estén unificados los esfuerzos de toda la oposición. Deben actuar responsablemente en "una dirección común" desde la "llamada extrema izquierda" hasta aquellos demócratas de derecha con los cuales existirán, se supone, algunas coincidencias.¹⁷

En septiembre de 1981 se da a conocer el "*Manifiesto del Partido Comunista*" en el cual se reiteran los argumentos morales y tácticos respecto a la legitimidad de la rebelión popular. Según el análisis, los hechos demuestran "con elocuencia irrefutable" que no hay posibilidad alguna de apertura pacífica, ni de liberalización del régimen desde dentro ni de "transición a la democracia" mientras Pinochet se mantenga en el poder y esté vigente la "Constitución fascista". Mientras ella exista el pueblo no tendrá "el derecho de ejercer su voluntad soberana". Por una parte hay un gobierno que impone sus decisiones sin contrapesos efectivos y por otra parte ha surgido en la

izquierda un "discurso derrotista" donde algunos sectores opositores se "han dejado llevar por el desaliento". Por lo tanto frente a esta doble situación, el Partido Comunista levanta su discurso del derecho del pueblo a la rebelión.¹⁸

En suma, la argumentación de la rebelión popular se basa en dos ideas centrales. Una que justifica la rebelión como conducta moral, la otra como táctica. Según el razonamiento del Partido Comunista se ha constatado que los métodos de lucha tradicionales no son suficientes para enfrentar con éxito al régimen ni mucho menos para terminar con él. No obstante, no se debe prescindir de los llamados "métodos tradicionales", más bien se trata de profundizar en ellos y ser capaces de sumar otras formas de lucha. El Partido Comunista, no abandona al asumir la línea de la rebelión popular, ni la lucha de masas ni la necesidad de formar "un gran movimiento de masas". No se trata de una visión foquista ni militarista de la lucha política, ya que la línea de "rebelión popular" no es formalmente contradictoria con la concepción -permanente en su estrategia- de unidad amplia. Esta definición surge del carácter del programa planteado y del hecho que los cambios afectan a las formas y no al contenido del programa ni de las reivindicaciones. Los objetivos de la lucha siguen siendo democráticos, populares y antiimperialistas; por tanto, compatibles con los objetivos de otras fuerzas democráticas.

Entre 1980 y 1982, aproximadamente, se desarrolla y consolida este cambio en la línea. Las formulaciones posteriores lo profundizan pero sin modificar ni los objetivos ni la política de alianzas. La línea de la "sublevación", que es la formulación más reciente de la política, está fundada básicamente en los mismos principios de la "rebelión popular". Podría decirse que constituye una aplicación de ella, en la cual se combinan y articulan

diferentes formas de lucha con el objetivo de producir ingobernabilidad, la cual es pensada como uno de los factores desencadenantes de una división de los militares y, por ende, del derrumbe del gobierno.

En algunos momentos, entre 1984 y 1985 especialmente, aparecen en la línea del Partido Comunista algunas formulaciones ambiguas respecto a los objetivos de la revolución, en forma de llamados a no conformarse con una salida "democrático-burguesa", y un cierto sesgo militarista. Sin embargo, en general los cambios en el discurso político no han ido más allá de proponer la combinación de formas de lucha y la necesidad de "enfrentar combativamente" a la dictadura.¹⁹

La modificación más profunda está en relación a la imagen política del Partido Comunista. Este deja de jugar el papel que había tenido hasta 1980 de fuerza moderadora, dentro de la izquierda. Sin embargo, es importante hacer notar que en este traslado de lugar dentro del campo político, convergen dos elementos. El hecho que el Partido Comunista haya enfatizado la necesidad de una mayor combatividad, es una de las razones que lo hace ubicarse "más a la izquierda". El otro factor importante es el giro hacia el centro que tuvieron otros sectores.

Cabe preguntarse además qué razones produjeron el cambio en la línea de 1980. Algunas ya se señalaron porque están contenidas en los diagnósticos del Partido Comunista, en sus definiciones de situación, otras corresponden a interpretaciones sobre su conducta, a una búsqueda de los determinantes internos y externos que lo provocaron. La línea de distinción entre estos dos tipos de explicación es, a veces, muy difícil de precisar.

LAS RAZONES DEL CAMBIO

Frecuentemente se utiliza para el análisis de los partidos comunistas en general, y también en particular, para el caso del Partido Comunista chileno, el enfoque de causalidad externa. Así, se ha querido interpretar el cambio en la línea del Partido Comunista como el efecto de la crítica soviética que formuló Ponomariov en 1975, en la que se sostiene que toda revolución tiene derecho a defenderse, o como el efecto del éxito de la Revolución Sandinista en 1979. Efectivamente, ese triunfo revivió la popularidad de una forma de lucha que había quedado, no en desuso pero sí cuestionada, después de los reiterados fracasos de los movimientos guerrilleros del continente, que culminaron en 1967 con la muerte de Guevara y a mediados de la década del sesenta con el desastre militar de los Montoneros y del ERP argentino. Esa revisión sobre la eficacia y factibilidad de los procesos de lucha armada que produjo el éxito de los nicaragüenses, efectivamente, influye en los cambios políticos del Partido Comunista. Pero es un efecto contextual, opera como señal indicativa, como "ejemplo" o incluso como "lección". No obstante no fue uno de los datos claves de la toma de decisiones pese a que creó un clima ideológico e intelectual favorable. La argumentación que se le atribuye a los comunistas respecto a no quedar al margen de otro proceso revolucionario en América Latina tiene menos importancia que otros factores, dada su forma realista de hacer política.

No se podría afirmar que no hubo influencias externas, ni de los soviéticos o de la revolución nicaragüense; que éstas no jugaron ningún papel. Ellos, en todo caso, actuaron como gatillantes de procesos que se venían incubando internamente con los cuales se combinaron y entremezclaron.

Podría decirse que en el cambio en la línea del Partido Comunista influyeron otros factores principales: a) la insuficiencia de la política sostenida desde 1974; b) la consagración constitucional del gobierno de Pinochet; c) el diagnóstico sobre la combatividad de las masas; d) la creencia en la "debilidad estructural" del régimen; y e) la idea de que es importante copar el vacío dejado por otras fuerzas políticas, ya fuere por su desintegración o por el cambio de su línea política.

Entre 1974 y 1980 el Partido Comunista defendió la tesis del "frente antifascista" y la mantención de la Unidad Popular sobre la base del eje comunista-socialista. Sin embargo, esa política, sostenida contra viento y marea, hizo agua, visiblemente en 1979, como consecuencia de la división del Partido Socialista. Ese quiebre, semejante por su profundidad a la crisis histórica de 1947, dividió al socialismo en dos corrientes con líneas y visiones de futuro irreconciliables. La línea de Almeyda representaba la tradición de la alianza de los "partidos de la clase obrera" y reiteraba la adhesión al "marxismo leninismo" que el Partido Socialista había adoptado a fines de la década del sesenta. Al contrario, la línea de Altamirano se situaba en la corriente "renovadora" que ya había surgido en el país, criticando a los "socialismos reales", al "marxismo-leninismo" y distanciándose del Partido Comunista. Esa división multiplica los problemas con que los comunistas se habían encontrado para la formación de un "frente antifascista". Hasta 1979 la resistencia básica había sido la demócratacristiana. Estos habían preferido el "camino propio", pese a los riesgos de aislamiento que significaba, antes que unirse con los comunistas. La división socialista de 1979 les crea un aliado en la izquierda y la posibilidad de formación de una "gran coalición de carácter nacional" como la que cristalizó en 1983.

De este modo, la política del "frente antifascista" se derrumba al fallar uno de los requisitos básicos, la vigencia de la unidad socialista-comunista. Con la división de 1979 los demócratacristianos ven la posibilidad de entrar en políticas coalicionales amplias que no les signifiquen romper toda posibilidad de entendimiento con la derecha colaboracionista y con los militares. Se empieza a formar una alianza heterogénea que agrupa desde la derecha hasta parte de la izquierda, dejando fuera a los comunistas, no obstante haber sido éstos los grandes propulsores de la política de "frentes amplios".

En realidad, el interés de la Democracia Cristiana de tener dentro de la izquierda un socialismo con el cual entenderse es muy anterior al cambio comunista de 1980. Para los demócratacristianos la formación con los comunistas de un "frente amplio" siempre ha sido imposible por consideraciones de la correlación global de fuerzas, esto es por el argumento de la existencia de un veto militar. Hasta 1983, cuando se forma la Alianza Democrática, los demócratacristianos prefieren el "camino propio". La destrucción de la Unidad Popular producida como consecuencia de la división del Partido Socialista, le permite a los demócratacristianos modificar su línea de conducta previa. A su vez, ese cambio interno de la izquierda enfrenta a los comunistas a la posibilidad de quedar aislados, como una fuerza estigmatizada. Siendo esas las condiciones, es comprensible la aparición del argumento "es necesario valerse de las propias fuerzas" que se concretiza en la línea de "rebelión popular".

Otra razón importante del cambio del Partido Comunista fue la consideración del plebiscito de 1980 como cierre de una etapa. Hasta entonces se podía, pese a la dureza de la política gubernamental, pensar en aperturas desde arriba y en cambios negociados, presionados por la

oposición interna y externa. Pero el plebiscito consagra la duración de Pinochet en el gobierno por nueve años más y la posibilidad de que sea reelecto por otros nueve. Los comunistas perciben que el plebiscito cambia las condiciones de legitimación del gobierno, tanto frente a los militares como frente a Estados Unidos. Produce una congelación de todo el proceso político y le permite a Pinochet esgrimir a su favor un supuesto veredicto popular. Evidentemente el plebiscito no produce un cambio en la naturaleza del régimen pero sí plantea, según el diagnóstico comunista, la necesidad de repensar las formas de lucha. La constitucionalización del régimen mejora la situación de poder de Pinochet, quitándole factibilidad a las estrategias de negociación. Este no estará dispuesto a cambiar la Constitución a menos que enfrente situaciones más o menos severas de ingobernabilidad.

Este fortalecimiento de las tendencias menos aperturistas y negociadoras dentro del gobierno es una cara de la moneda, la otra es el crecimiento de la "combatividad de las masas", la cual pasa por una creciente pérdida del miedo. Es interesante señalar que este diagnóstico representaba en la época en que fue realizado, más una aspiración y un deseo, que una realidad. En 1980 la "combatividad de las masas" es marginal. Pero ya en 1983, se trata de un dato indiscutible y no una latencia, hay un aumento con una visibilidad nacional indiscutible.

No obstante, las dudas respecto a la propiedad del diagnóstico en 1980, la tendencia anotada es un elemento decisivo del cambio en la línea. No solamente en cuanto constituye un razonamiento explícito frecuente, si no también porque la relación con las masas siempre constituye una clave de la política del Partido Comunista. "Estar con las masas", adecuar la política a las posibilidades y aspiraciones de las masas es un leitmotif tradicional de la

política comunista. Ese partido define su rol de vanguardia, en oposición al "vanguardismo", como una conducción desde dentro, la cual debe tomar muy en cuenta "los estados de ánimo de las masas". Por tanto, para la lógica comunista, señalar que las masas han elevado su combatividad o indicar que en ellas hay nuevas potencialidades que deben ser dirigidas, significa que han cambiado parámetros básicos de la situación.

Es importante comprender bien el tipo de racionalidad política del Partido Comunista. Este, a diferencia de otros partidos de América Latina, siempre comprendió que la dirección no puede darse desde fuera, como una importación hacia las masas de aspiraciones e intereses que éstas no tienen, sino que debe darse con una inserción en las masas. Cuando el Partido Comunista habla de "política de masas" siempre se refiere a una línea que debe conectarse con vivencias e intereses "vividos" y tomar en cuenta las posibilidades de las masas. De esa manera define el Partido Comunista el papel de "vanguardia del Partido de la clase obrera".

El Partido Comunista le atribuye al aumento de la "combatividad de las masas" y a la necesidad de darle dirección a esos impulsos, un papel importante en la definición de la línea. En realidad, es bien probable que ese diagnóstico tenga el papel de una "profecía autocumplida". Después de la actividad generada por la lucha contra el plebiscito se encuentran, a principios de 1981, algunos signos de reactivación político-social, pero que son todavía germinales y muy insuficientes para conseguir movilizaciones de masas importantes. Por lo tanto, lo que hace cambiar al Partido Comunista no es la realidad ("el estado de ánimo combativo de las masas"), sino la necesidad que se pierda el miedo. Esa aspiración da lugar a un discurso sobre la mayor combatividad, que es presentado

como empírico, como un diagnóstico. Lo interesante es que ese discurso contribuye a las movilizaciones de 1983, produce efectos prácticos pese a ser sólo potencial en la época en que fue formulado.

En realidad, esto conduce a una reflexión de carácter general sobre el papel de la retórica política, o sea, sobre los efectos de la expresión como realidades efectivas de aspiraciones y deseos. Esa voluntad, formulada como diagnóstico o como tendencia presente en la realidad, tiene, en ocasiones, la capacidad de producir y favorecer cambios. En el momento en que es formulada no da cuenta de lo existente, pero ayuda a transformarlo en la dirección deseada.

En un contexto semejante es necesario ubicar la influencia del triunfo sandinista de 1979 sobre los cambios en la línea del Partido Comunista. Como se dijo no se razona por analogía, ni se piensa que en Chile existen condiciones de una "guerra popular". Son demasiado obvias las diferencias de estructura de clases, de tipo de Estado, de conformación de las Fuerzas Armadas. La mayor influencia del triunfo sandinista es que impulsa a la transformación de una actitud de sacrificio pasivo en una actitud de "combate", de respuesta activa. Desde el golpe militar el Partido Comunista enfrenta una redefinición de la política, la cual asocia normalmente para ellos a la muerte o a la cárcel. Así se asume una forma de ser de la política en una situación de dictadura como martirio, o como privación. El triunfo sandinista muestra que en una situación semejante la política puede definirse de otro modo, como rebelión. Lo "ejemplar" del sandinismo es que constituye una demostración de que es posible algo más que "resistir", es posible "responder a la violencia reaccionaria con la violencia revolucionaria". El surgimiento en torno a la lucha sandinista de una épica heroica del

combate contrasta con la épica sacrificial de la resistencia, tan típica en el movimiento obrero chileno. Este siempre tuvo propensión a la celebración de sus "mártires" y a vivir sus luchas puramente como masacres: Santa María, La Coruña, Ranquil hasta Pampa Irigoín. Hay un esfuerzo por ocultar cuidadosamente la violencia popular que pudo haber en esos actos para poner de relevancia la violencia de los otros y asegurar el papel de víctimas de los militantes populares. La propaganda en torno al tema de la "lucha armada" en la década de los sesenta, como consecuencia del "cambio de atmósfera" creado por el triunfo cubano, constituye un esfuerzo de exorcisar esos hábitos culturales. En una situación diferente, la de una izquierda diezmada y perseguida sin piedad, el triunfo sandinista activa el mismo mecanismo.

Otro elemento que se puede señalar es la compatibilidad entre el recurso a la "rebelión popular" y la idea, permanente en el discurso comunista, sobre la irracionalidad del régimen. A diferencia de algunos sectores de la izquierda que vieron en la dictadura militar un sistema represivo pero racional, puesto que ponía en ejecución una contrarrevolución burguesa, los comunistas tendieron a evaluarlo con las categorías contrarias. El discurso permanente de los comunistas sobre la debilidad de la dictadura, su optimismo histórico, en algunos momentos transformado en franco triunfalismo, se basa en el postulado de la irracionalidad del régimen. Dentro de la mentalidad de los comunistas no puede ser racional ni necesario algo que camina en la dirección contraria a la del progreso histórico. Por ello se han negado a atribuirle más que un carácter pasajero, le han negado un papel histórico.

La tesis de la "rebelión popular", y la que se formula posteriormente bajo el nombre de "sublevación nacional", reposan en la idea que la dictadura tiene una congénita

fragilidad estructural. El diagnóstico subyacente plantea que lo importante es que el pueblo "se ponga en marcha", que demuestre que ha perdido el miedo, para que se desencadenen los procesos que llevarán al "derrumbe".

Otro factor que podría explicar los cambios en la línea del Partido Comunista es la situación que se produce en la izquierda por la fragmentación socialista de 1979 y los problemas aparecidos en otros partidos como consecuencia de la lucha entre sectores "renovados" y "ortodoxos". En este contexto la propuesta de "diversificación de las formas de lucha" y de rebelión popular que lanza el Partido Comunista llena un "hueco político". Los cambios introducidos en su línea por los comunistas aparecen como una afirmación optimista y como un "llamamiento a la acción" en momentos en que primaba el desencanto y el escepticismo.

NOTAS

- 1 "Informe del Comité Central del Partido Comunista de Chile al X° Congreso", 1956; PROGRAMA DEL PARTIDO COMUNISTA DE CHILE, 1955.
- 2 Ver, por ejemplo, el artículo de Galo González, "Vigilancia revolucionaria en la lucha por la línea del Partido", Boletín interno EN MARCHA N° 1, octubre 1957, en el cual se criticaba al "reinosismo".
- 3 En el Informe del Comité Central al X° Congreso se dice: "Reinoso pretendió arrastrarnos a una política aventurera, de acción directa, para aislarnos de las masas".
- 4 Galo González, op. cit.
- 5 Luis Corvalán, "Acerca de la vía pacífica", enero de 1961 en CAMINO DE VICTORIA, Edit. Austral, 1971 y Luis Corvalán, "La vía pacífica y la alternativa de la vía violenta", octubre de 1961 en Ibid.
- 6 Luis Corvalán, "Nuestra vía revolucionaria", 1964 en Ibid.
- 7 Luis Corvalán, "Unión de las fuerzas anti-imperialistas" en REVISTA INTERNACIONAL NUESTRA EPOCA, junio de 1967.
- 8 En el op. cit. de Luis Corvalán, 1971 aparecen tres importantes textos: "Construir una salida revolucionaria", abril; "La unidad, imperativo de esta hora", junio y especialmente "Unidad Popular para conquistar el poder", noviembre.
- 9 Eduardo Labarca, CORVALAN 27 HORAS, Edit. Quimantú, 1972.
- 10 Una expresión teórica de la línea del partido Comunista es el libro de Carlos Cerda, EL LENINISMO Y LA VICTORIA POPULAR, Edit. Quimantú, 1972.
- 11 "La Revolución chilena, la dictadura fascista y la lucha por derribarla y crear una nueva democracia. Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile, rendido por su secretario general Luis Corvalán", agosto de 1977.
- 12 Volodia Teitelboim, "Más sobre el caso chileno" BOLETIN ROJO, enero de 1977.
- 13 Gladys Marín, Entrevista en el diario El Día, Méjico, marzo de 1980.

- 14 "Discurso pronunciado por el compañero Luis Corvalán en un acto celebrado por el Comité de Solidaridad con Chile, con motivo del 10° aniversario de la victoria popular del 4 de septiembre de 1970", Moscú, 3 de septiembre de 1980.
- 15 "Unidad y lucha de masas para derrocar a la dictadura", Discurso de Luis Corvalán en Suecia, 20 de septiembre de 1980.
- 16 Ibid.
- 17 "9 años de lucha junto al pueblo", Entrevista a Volodia Teitelboim, enero de 1981.
- 18 "Manifiesto del Partido Comunista de Chile", 1981.
- 19 "Para voltear a Pinochet el único camino es el enfrentamiento continuo y ascendente", Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile, 1985.